

De cafetaleros

a zapatistas:

Ramón Jarquín Gálvez

Antes de iniciar mi carrera académica en ECOSUR, me dediqué alrededor de ocho años a promover el desarrollo de los pueblos indígenas desde instancias gubernamentales, lo cual significó para mí un primer doctorado que me enseñó las deficiencias de comunicación entre el sector que genera el conocimiento científico y el grupo de técnicos encargados de asimilarlo y trasladarlo a las comunidades. Este proceso de encuentros y desencuentros se dio entre 1988 y 1994, en las regiones Selva y Altos del estado de Chiapas.

Algunos antecedentes

En los primeros años de gestión del presidente Carlos Salinas de Gortari y del gobernador de Chiapas, Patrocinio González, ocurrieron varios ajustes estructurales en el ámbito institucional. El sector cafetalero, al igual que la banca de desarrollo, la aseguradora agrícola ganadera, los departamentos de extensión rural de la Secretaría de Agricultura y de la Comisión Nacional de Fruticultura, sufrieron despidos masivos de personal y recortes de presupuesto hasta desaparecer del organigrama oficial.

Esa coyuntura me permitió iniciar una serie de actividades con productores y organizaciones de productores de café, ya que pese a todo, las instituciones

ligadas al sector indígena tenían cierto reconocimiento de trabajo comprometido y no contaminado por la corrupción. Los indigenistas de ese entonces, como se nos llamó, teníamos una estrecha relación con los pueblos y creíamos conocerlos más allá de lo que implicaba la relación laboral; teníamos la idea, ahora entiendo que equivocada y limitada, de que sabíamos mucho de la vida personal de la gente, de sus sueños y aspiraciones...

Esta confianza gubernamental fue lo que quizá nos permitió en el entonces Instituto Nacional Indigenista (INI) operar un programa de distribución de apoyos económicos para el fomento de la producción. Los apoyos provenían de un fideicomiso integrado con las cuotas de exportación que el gobierno había retenido por años a los vendedores de café al extranjero, y que en un "desliz" de los gestores del Programa Nacional de Solidaridad, pusieron a disposición de los productores, en un gesto de justicia a uno de los sectores más vulnerables de México: los cafeticultores.

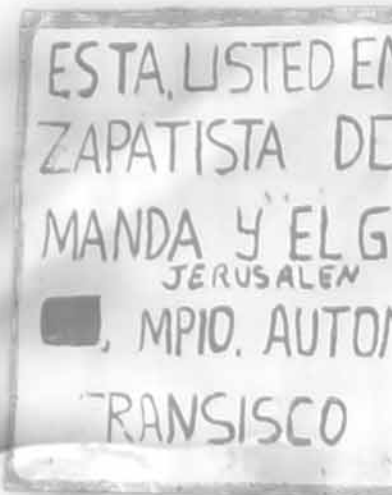
La cercanía con los productores

La desaparición del Instituto Mexicano del Café obligó por decreto al INI a desempeñar las funciones de integración de padrones de productores, verificación de superficies, estimaciones de cosecha

y entrega de recursos. Uno de los componentes más interesantes del programa fue "el autopago", es decir, si los campesinos pagaban puntualmente los préstamos económicos recibidos, al final de cada ciclo cafetalero podían obtener más recursos. Éstos se proporcionaban sin mediar más que una firma o huella digital, sólo con el respaldo del grupo de trabajo de cada productor y su palabra de que se dedicaba a la actividad cafetalera; se entregaban en efectivo y directamente en las comunidades.

El reto fue muy grande, pero con empeño y buena voluntad fue posible que productores de comunidades como Saclum, Santa Martha, Magdalena, Cotzilnam, Santiago el Pinar, Choyó y San Cayetano, entre otras, recibieran recursos económicos en efectivo por primera vez en su historia como cafeticultores. Fueron tiempos de fraternidad entre técnicos y productores; tiempos de comidas y compadrazgos, de integración entre el castellano y el tsotsil. Fueron tiempos de proyectos conjuntos.

Al principio surgieron muchas dudas respecto al cumplimiento de las promesas de conseguir ampliaciones presupuestales a quienes lograran cubrir su "debe". Pero después del primer ciclo, ese temor fue totalmente rebasado y los padrones de productores y comunidades implicadas se triplicaron.



N TERRITORIO
ONDE EL PUEBLO
OBIERNO OBEDECE.
NOMO EN REBÉDIA
GOMEZ CHIS.

relato de una experiencia personal

Para poder atender la demanda creciente se dividió la región de los Altos de Chiapas en cuatro subregiones cafetaleras llamadas "residencias". De esta forma se integraron contingentes de productores y productoras en San Juan Cancuc, Chenalhó-Pantelhó, Larráinzar-Chenalhó y Tenejapa. Yo coordiné trabajos en Larráinzar-Chenalhó, y suponía que comenzaba a cristalizar el deseo de que la situación de los desposeídos mejorara.

El sentido de cooperación nos permitió hacer propuestas más ambiciosas, como integrar figuras asociativas legalmente constituidas con los productores de cada región, que les ayudaran a conseguir insumos a precios más competitivos y vender su café en mejores condiciones; incluso hablamos de procesar el grano para ganar más, de diversificar el mercado, incursionar en la producción orgánica y buscar la exportación. En un primer intento se integró el Frente de Productores de café de Larráinzar, Chenalhó y El Bosque. Los fondos de cada comunidad se manejaban independientemente, pero poco a poco se discutió la posibilidad de integrarlos.

Todo apuntaba a que a corto plazo lograríamos la integración formal y el surgimiento de organizaciones de base sólida y solidaria. El programa creció

tanto que hubo que contratar personal específico para su desarrollo; se manejaban cifras impresionantes, indecibles actualmente porque aún tenían tres céntimos más: hablábamos de millones de pesos en manos de los productores.

El cambio

Fue en el ciclo 1993-1994 cuando las cosas cambiaron. Había cifras récord para ser entregadas; los productores tenían derecho a duplicar una vez más sus apoyos y estábamos orgullosos de eso. Y cuando llegó el momento de hablar de la recuperación para iniciar el trámite de costumbre, empezaron los problemas... La gente contaba con el dinero para pagar, pero se negaban a hacerlo. De la noche a la mañana, aquella confianza mutua se convirtió en hermetismo. Citamos a las asambleas comunitarias como normalmente lo hacíamos, y ya no había asistencia. La frustración nos empezó a invadir pues no entendíamos qué había pasado.

Ante la falta de diálogo en colectivo, empezamos a visitar a los productores casa por casa. Seguían siendo cordiales y nos recibían con el pozol tradicional, pero rehuían el tema de los apoyos. Con mucha confianza, algunos nos hicieron comentarios como éstos: "Mira *inge*, les estamos muy agradecidos por habernos ayudado a organizarnos; tenemos la paga, pero ya no la vamos a regresar"; "no podemos hacerlo, tenemos ese acuerdo y no podemos dar marcha atrás"; "la gente ya no se va a juntar... No queremos ser groseros, mejor nosotros te vamos a decir cuándo nos podemos reunir".

Al interior del Centro Coordinador Indigenista del INI, fuimos los primeros en reconocer abiertamente el fracaso del programa: "Ya no van a pagar", les explicamos con las caras viendo hacia el piso a los colegas de las otras residencias... Varios aceptaron que sucedía lo mismo en sus regiones.

Hoy entiendo que los niveles de organización interna rebasaron por mucho la organización planteada por el programa cafetalero. Los líderes de opinión se encontraron e integraron sus

ideas y ése fue tal vez el mayor resultado intangible al que contribuyó el reparto de los recursos y que por supuesto nadie planeó.

Epílogo

Así llegó el 1 de enero de 1994. Las bases de apoyo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) inundaron las calles de algunas ciudades de Chiapas (San Cristóbal de Las Casas, Altamirano, Las Margaritas y Ocosingo). En los adoquines vimos reflejadas las sombras de los fusiles que orgullosamente portaban los encapuchados, quienes según fuentes oficiales eran posiblemente extranjeros... Yo pensaba que ningún extranjero podría hablar tan bien el tsotsil.

Después de las primeras incursiones bélicas del EZLN, iniciaron los diálogos y con ellos las manifestaciones pacíficas de encapuchados y encapuchadas por las calles de San Cristóbal. Fue en una de esas marchas masivas de indígenas con ropa militar, en donde más de una voz me gritó al paso del contingente: "Hola *inge*, ¿cuándo vas pa' la comunidad? No tengás miedo, ya está tranquila la cosa".

Al darme la mano uno de ellos, reconocí aquella solidaridad que sentimos al principio del programa, aquella confianza que nos vinculó antes de 1994, aquella experiencia que significó un partearguas en mi vida profesional y que a 15 años de distancia me hace entender más la complejidad la situación de nuestros cafetaleros. ☺

Ramón Jarquín fue director de Vinculación de ECOSUR en el periodo 2005-2008 (rjarquin@ecosur.mx).